

WILKIE COLLINS
La reina de corazones

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



La reina de corazones

Clásicos del Fondo

Wilkie Collins

La reina de corazones

Traducción de Gabriela Díaz



Primera edición: octubre de 2006
Segunda edición: noviembre 2006
Tercera edición: enero 2007
Cuarta edición: mayo 2007
Quinta edición: diciembre de 2012
Sexta edición: abril de 2019

Título original: *The Queen of Hearts* (1859)

© de la traducción, Gabriela Díaz, 2006
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2006
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 978-84-96601-56-7
Dep. Legal: M-39547-2012

Motivo de la cubierta: Philip Hermogenes Calderon, *Broken Vows*, 1856
Tate Gallery, Londres

Impresión y producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Carta dedicatoria

A Émile Forgues

En un tiempo en el que los lectores franceses desconocían por completo mi obra, apareció con su firma un análisis crítico de mis novelas en la *Revue des Deux Mondes*. Leí ese artículo, en el momento de su publicación, con sincero placer y gratitud hacia su autor, y desde entonces he hecho honestamente todo lo posible por beneficiarme de él.

Posteriormente, cuando se llegó a un acuerdo para publicar mis novelas en París, usted emprendió amablemente la tarea, no exenta de sacrificios para su comodidad, de brindar a la primera de la serie —«The Dead Secret»— la gran ventaja de ser vertida por su pluma al francés. Su maravillosa traducción de «The Lighthouse» ya me había mostrado la valía de su asistencia; y cuando «The Dead Secret» fue publicada en su versión francesa, aunque sensiblemente satisfecho, de ningún modo me sorprendió descubrir que mi afortunada obra de ficción no había sido traducida en el sentido mecánico de la palabra, sino transformada de una novela que yo había escrito en mi idioma a una novela que usted podría haber escrito en el suyo.

Me dispongo a pedirle que me conceda un nuevo favor literario aceptando la dedicatoria de este libro; se trata del agradecimiento más diligente que ha estado en mi mano ofrecerle a modo de compensación por lo que le debo como crítico, traductor y amigo.

Las historias que constituyen el contenido principal de las siguientes páginas son, en cierta forma, ejercicios de ese arte que llevo estudiando con pasión desde hace años y que espero seguir cultivando, cada vez con mejores resultados, durante muchos más. Permítame, enviándole esta recopilación, garantizarle a la misma, al comienzo de su andadura por el mundo de las letras, un lector cuya perspicacia para detectar los defectos de un escritor es compartida por muchos otros críticos, pero cuya inhabitual habilidad para detectar todos sus méritos poseen muy pocos.

La reina de corazones



Nosotros

Nosotros éramos tres hombres viejos, tranquilos y solitarios, y ella era una mujer joven, hermosa y llena de vida; y estábamos desesperados porque se nos habían acabado las ideas ingeniosas para entretenerla.

Pero antes que nada, unas palabras sobre nosotros, unas palabras que serán necesarias para explicar la situación singular de nuestra joven y bella invitada.

Somos tres hermanos y vivimos en una casa antigua, enorme y tenebrosa llamada The Glen Tower. Nuestra morada se encuentra en una comarca montañosa y aislada del sur de Gales. No hay siquiera una línea de ferrocarril que recorra los alrededores; no hay mansión noble a tiro de piedra. Nos encontramos a una distancia terriblemente incómoda de la ciudad más cercana, y el pueblo desde el que enviamos las cartas está a unas tres millas de aquí.

Mi hermano mayor, Owen, fue educado para la Iglesia. Pasó los mejores años de su vida en una populosa parroquia londinense. Durante más años de los que ahora me gusta recordar, trabajó sin

descanso, arriesgando su salud y su fortuna, entre la enorme miseria de los pobres de Londres; y sin duda hubiera sacrificado su vida cumpliendo con su deber hace mucho tiempo si The Glen Tower no hubiera acabado en sus manos tras dos muertes inesperadas en la rama más rica y de mayor edad de nuestra familia. Esta oportunidad en forma de lugar de descanso y refugio le salvó la vida. No ha existido hombre alguno que se mereciese más los favores de la diosa fortuna, ya que, lo digo sinceramente, no ha habido hombre sobre la tierra más cariñoso con su prójimo, más modesto, más amable, más generoso y más limpio de corazón que Owen.

Mi segundo hermano, Morgan, empezó en la vida como médico, y aprendió todo lo que su profesión podía enseñarle en nuestro país y lejos de él. Consiguió una independencia respetable mediante su trabajo: empezó en una de nuestras grandes ciudades del norte y terminó como médico en Londres; pero, aunque era bien conocido y apreciado en su círculo, no consiguió hacerse con el tipo de reputación que eleva a un hombre a la posición de médico famoso. A las damas nunca les gustó. En primer lugar, por ser feo (Morgan me perdonará por mencionar este detalle); en segundo lugar por ser un fumador empedernido y dejar todo apestando a tabaco cuando tomaba el pulso en elegantes dormitorios; y en tercer lugar, era la persona más sorprendentemente franca y sincera en lo que se refiere a sí mismo, su profesión y sus pacientes que jamás haya existido, lo que ponía en peligro el edificio social de la ciencia médica. Por estas razones, y por otras que no es necesario mencionar, nunca se labró una carrera de éxito como galeno, pero nunca le importó. Aproximadamente un año después de que Owen tomara posesión de The Glen Tower, Morgan descubrió que había ahorrado tanto dinero para su vejez como cualquier hombre razonable podría desear; que estaba cansado del ejercicio activo, o, como él

decía, de la dignificada charlatanería de su profesión; y que no constituía más que simple caridad proporcionarle a su hermano enfermo un compañero que lo cuidase sin pedir nada a cambio, y de este modo impedir que dilapidase su fortuna de la peor forma posible: desperdiciándolo en honorarios de médicos. Una semana después de que Morgan hubiera llegado a esta conclusión, estaba instalado en The Glen Tower; y desde ese momento, aunque sus caracteres eran opuestos, mis dos hermanos mayores vivieron juntos en su retiro solitario; se comprendían perfectamente y, cada uno a su manera, se querían sinceramente el uno al otro.

Muchos años tuvieron que pasar antes de que yo, el menor de los tres, bautizado con el poco melodioso nombre de Griffith, acabase dando con mis huesos, como ellos, en la triste y vetusta casona, al abrigo tranquilo de las colinas galesas. Mi trayectoria vital me había apartado de mis hermanos e incluso ahora, en que estamos los tres juntos, mantengo lazos y conservo intereses que me conectan con el mundo exterior, que es algo de lo que tanto Owen como Morgan carecen.

Me educaron para la abogacía. Tras un primer año estudiando leyes, me cansé, y me aparté de los estudios vanamente, para emprender el sendero de la literatura, que yo consideraba más alegre y atractivo. Mis trabajos ocasionales con la pluma se veían amenizados bajo la forma de excursiones y largos viajes al Continente; año tras año, mi círculo de alegres amigos y conocidos aumentaba, y a punto estuve de acabar convertido en un hombre sin ataduras y un diletante sin objetivo alguno en la vida, cuando fui salvado del modo en que muchos otros en mi situación han sido salvados: mediante una relación con una mujer buena y sensata. Al alcanzar los treinta y cinco años había hecho lo que ninguno de mis hermanos hizo nunca: me había casado.

Como soltero, mi pequeña fortuna personal, junto con los escasos ingresos que me reportaban mis trabajos literarios, habían ido cubriendo mis necesidades; pero con el matrimonio y sus responsabilidades se impuso el deber de realizar un serio esfuerzo. Retomé mis estudios abandonados y me apliqué, con resolución esta vez, a las complejas dificultades del Derecho. Me convertí en abogado. El padre de mi mujer me brindó su ayuda y muy pronto empecé a ejercer sin problemas.

Durante los siguientes veinte años, mi vida de casado podría resumirse en una estampa de felicidad y prosperidad. Una época que ahora rememoro con una ternura tal, que no soy capaz de expresarla con palabras. Cuando pienso en esos tiempos pasados es el recuerdo de mi mujer lo más vivo que albergo en mi corazón. Lágrimas largo tiempo olvidadas inundan mis ojos de nuevo e interrumpen el curso de mi pluma mientras escribo estas sencillas líneas.

Permítanme que pase de puntillas sobre el acontecimiento que puede, no en vano, considerarse la única tragedia de mi vida; sólo recordaré ahora, como intenté recordar entonces, que ella, mi esposa, vivió lo justo para ver crecer a nuestro único hijo —un muchacho que fue tan buen hijo para ella como lo sigue siendo ahora para mí— hasta alcanzar la edad adulta; que su cabeza descansaba sobre mi pecho cuando murió; y que el último y frágil movimiento de su mano en este mundo fue el movimiento que la acercó a los labios de su hijo.

Acusé este duro golpe, eso es cierto; con la ayuda de Dios lo acusé, y aún lo sigo acusando. Pero nunca recuperé mi afición por la vida social, por los objetivos y los logros, la compañía y los placeres que durante veinte años su presencia había iluminado y había convertido en algo maravilloso para mí. Si mi hijo George hubiera deseado seguir mis pasos profesionales, aún hubiera po-

dido yo luchar contra mi naturaleza y haber mantenido mi lugar en el mundo hasta haberlo visto situado y próspero. Pero prefirió el ejército, y antes de la muerte de su madre ya tenía el grado de oficial y había iniciado su camino en la vida. No existía ninguna otra responsabilidad que exigiera mi sacrificio personal; mis hermanos tenían un lugar junto a su chimenea preparado para mí; mi corazón anhelaba, en su desolación, la amistad y la compañía de los viejos años mozos; mi maravilloso y valiente hijo me prometió que no pasaría un año, siempre que estuviese en Inglaterra, sin que viniese a visitarme; y fue así como yo también me aparté del mundo, que antaño había sido para mí un mundo alegre y feliz, y me retiré para terminar mis días tranquilamente, satisfecho y agradecido, del mismo modo que lo estaban haciendo mis hermanos, en la soledad de The Glen Tower.

No es necesario dar cuenta aquí de los años que han transcurrido desde que estamos los tres reunidos. Será más oportuno dejar constancia brevemente de que no nos hemos separado desde el día en que nos reunimos los tres de nuevo en este nuestro retiro en la ladera; también señalaré que todavía no nos hemos cansado del tiempo que hemos compartido, del lugar, o de nuestra mutua compañía; y que la influencia de la soledad en nuestras mentes y nuestros corazones no los ha alterado para peor, ya que no nos ha convertido en seres amargados para con nuestro prójimo ni ha secado la fuente de donde fluyen las inofensivas ocupaciones y los inocentes placeres que recubren los yermos parajes de la vida humana hasta el final de la existencia. Hasta aquí nuestra propia historia y las circunstancias que nos han apartado del mundo para el resto de nuestros días.

Y ahora imaginen a tres hombres viejos y solitarios, altos y enjutos, con el pelo blanco; vestidos, debido a hábitos pasados más

que a las circunstancias actuales, con trajes de diario de riguroso negro: el hermano Owen con aspecto, voz y maneras complacientes y afectuosas; el hermano Morgan, de trato peculiar, superficialmente ácido, y con un tono seco y sarcástico al hablar, que le diferencia en todo momento dentro de nuestro pequeño grupo como una gran personalidad; y el hermano Griffith, que hace de puente entre sus dos hermanos mayores; capaz, por un lado, de sumarse al tono calmado y reflexivo de la conversación de Owen, y presto, por el otro, a intercambiar enérgicas y ácidas afirmaciones sobre la vida y los modales de la gente con Morgan; en definitiva, un viejo abogado flexible de dos caras que se sitúa entre el hermano párroco y el hermano médico con un oído atento a cada uno de ellos y con un corazón abierto para ambos a partes iguales.

Imaginen el extraño y viejo edificio en el que vivimos como lo que su nombre indica: una torre erguida sobre una cañada.¹ En el pasado, fortaleza de un gran guerrero galés, y en la actualidad un tenebroso faro terrestre, una torre de muchos pisos, cada uno de ellos dividido en dos habitaciones, con una casita colgadiza de aspecto moderno anejada curiosamente a uno de sus lados. Imaginen la gran colina en cuya pendiente menos abrupta se encuentra la torre, alzada vertiginosamente detrás de ésta; un arroyo oscuro, rápido, en el valle a sus pies; colinas y más colinas a nuestro alrededor, y ninguna otra forma de llegar más que a través de una de las carreteras más solitarias e inhóspitas de todo el sur de Gales.

Imaginen una morada como ésta y unos habitantes como nosotros; y ahora imaginen el descenso hasta aquí, como si de una Diosa caída del cielo se tratase, de una muchacha vivaracha, bella y

1.- N. del T.: en inglés The Glen Tower significa «La torre de la cañada».

elegante; una criatura luminosa, alegre y bulliciosa, acostumbrada a revolotear en la existencia bajo el sol de la eterna felicidad; una hija de la nueva generación, con todas las ideas modernas agitándose en su hermosa cabeza, y todos los logros modernos al alcance de su delicada mano. Imaginen una hija de Eva tan alegre como ésta, la niña mimada de la sociedad, el encantador derroche del selecto tesoro de belleza y juventud de la naturaleza, que repentinamente ilumina la vida sombría de tres hombres viejos y cansados, de pronto abandonada en el lugar menos indicado para ella, de pronto apartada del mundo en la solitaria calma del hogar más solitario de Inglaterra. Dense cuenta, si es posible, del extremo capricho y la suprema anomalía de una situación como ésta, y entonces la asombrosa confesión que albergaba la primera frase de estas páginas ya no suscitará la menor sorpresa. ¡Quién puede ahora maravillarse, una vez nuestra Diosa joven y brillante llegó ante nosotros, de que mis hermanos y yo estuviésemos desesperados por nuestra falta de ideas ingeniosas para entretenerla!